

La ejecucion estaba señalada para el 5 de marzo, en el sitio acostumbrado, en la plaza llamada de la Brecha, erraplen situado fuera de la puerta principal de Constantina. Un antiguo compañero á quien encontré en Constantina, me ofreció para presenciar la ejecucion un sitio en las ventanas de un edificio que daba á la plaza.

A las siete en punto, el lunes, un cuadro de infanteria de linea y de turcos, vino á formarse debajo de nuestras ventanas.

Los dos desventurados reos, vestidos con largas túnicas blancas, los piés desnudos y las manos atadas á la espalda, avanzaban rodeados de gendarmes franceses y moros á pié y á caballo.

Introducidos en el cuadro, fueron colocados precisamente enfrente y á algunos pasos de nosotros; detrás de ellos y á alguna distancia elevábanse dos postes con dos carteles anunciando su crimen y su sentencia.

Ambos reos fueron, no arrodillados, sino sentados sobre la tierra desnuda, con el rostro vuelto hácia el sol levante, cuyos rayos, pálidos todavía, comenzaban á romper la bruma. Los dos eran jóvenes (de veinte á veinticinco años), de facciones regulares, de tez pálida ó más bien blanca hasta rayar en livida á causa de su larga permanencia en la prision, de la oscuridad y de la falta de aire puro. Sus cabezas, que el barbero habia dejado de rasurar desde que estaban prometidas á otro acero mas terrible, estaban cubiertas de una larga y abundante cabellera oscura, que descendia casi al nivel de sus hombros y contribuia con esa blancura de tez, insólita en los árabes, á dar á ambos una fisonomía europea que aumentaba el sentimiento de piedad de que nos hallabamos poseidos.

Tristes sin abatimiento, resignados, recojidos y firmes sin fanfarronada, elevaban una mirada dulce y tierna hácia el astro que iba á apagarse para ellos.

El frio penetrante que reinaba nos hacia tiritar en las ventanas: ellos no temblaban ni de miedo ni de frio.

Mientras se les leia la sentencia (inútil, absurda, inhumana formalidad), el ejecutor, que era un gran turco, ya viejo, de largos bigotes grises, colocado detrás de ellos, iba y venia de uno á otro, dirijiéndoles la palabra de una

manera paternal y trezándoles los cabellos para dar el golpe con más comodidad.

Concluida de leer la sentencia, Tobriz (el ejecutor) desenvainando rápidamente un corto yatagan que llevaba á la cintura, hirió al más jóven de los reos, Abdallah, colocado delante de él á su izquierda.

El golpe fué dado ligeramente y sin ningun esfuerzo visible. Abdallah se inclinó hácia adelante, respirando, ó por mejor decir, agitándose todavia.

El ejecutor, por una especie de escrúpulo de humanidad, colocó con una sangre fria increíble el pié sobre el cuello del decapitado, rematándole en un instante, sin separarle la cabeza del tronco, lo cual es formalmente contrario á las costumbres musulmanas, por las razones barto conocidas sacadas de su fé religiosa.

Llegó, pues, su vez al segundo reo: aqui comienza una verdadera escena de horror.

Aparentemente, el desgraciado cómplice de Abdallah, no habia podido, á la vista de su compañero degollado, contener, por estóico y resignado que fuese, un estremecimiento de espanto. Esto es por lo menos lo que el ejecutor espuso para justificacion suya. Sea lo que quiera, no solamente el yatagan hirió en falso al segundo reo, sino que hasta un tercero y cuarto golpe le dejaron en pié, todo cubierto de sangre que le brotaba del rostro. El ejecutor, por acostumbrado que estuviese á semejante oficio, pareció perder un momento la serenidad. Finalmente, un quinto golpe mejor dirigido que los anteriores, terminó esta carniceria.

Los dos cuerpos, bañados en sangre, fueron dejados sobre la plaza para servir de ejemplo y causar un saludable terror á los indigenas. Exhibicion inútil, porque semejantes espectáculos conmueven muy poco á los árabes.

Al cabo de algunas horas, varios fieles recojieron á los des ajusticiados, lavaron sus heridas y les dieron sepultura.

La impresion profunda de horror y de disgusto que me causó esta escena castigó mi curiosidad, sintiendo su efecto por espacio de algunos dias. Sin embargo, segun me dijeron, aquel ejecutor era uno de los más hábiles; durante su vida habia cortado más de dos mil cabezas: en una sola

noche había decapitado *doscientos* árabes de la tribu de Abd-el-Nour.

Pero la inaccion habia enervado aquel brazo terrible. El frio de la mañana habia entumecido su mano, y por eso el segundo reo no habia caido al primer golpe.

Tales fueron las excusas que dió en la oficina árabe donde se le reprendió fuertemente por su torpeza.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## IX.

### EL NAYA.

El jefe de batallon, Salomon de Musis, acababa de toma el mando superior de Bugia, en reemplazo del coronel de Larochette, cuando las hostilidades un instante suspendidas entre los franceses y los kabilas, fueron rotas de nuevo por estos con grande impetuosidad.

En los primeros dias de junio de 1836, dirijieron varios ataques contra toda la linea de fortificaciones. El 6 fué necesaria una salida para rechazar la agresion de los montañeses, que fueron dispersados prontamente.

Por la tarde, no se veia ya ningun enemigo y el fuego de fusileria habia cesado totalmente, cuando apareció un pequeño grupo de indigenas, á tiro de cañon de la villa. Un kabila se separó de este grupo, y encaminóse solo hácia la plaza.

¿Cuál era el motivo de esta temeridad? Eso es lo que ninguno pudo saber.

Llegado á la altura de la casa fortificada, el imprudente montañés fué asaltado por nuestros soldados, que sin duda vieron en él un espia, y muerto de una descarga.

Este acontecimiento, que pasó casi inadvertido en medio de los fecundos combates de que Bugia era entonces teatro, era mucho más grave sin embargo de lo que pudo creerse en un principio. El cadáver del kabila muer-

to en la noche del 6 de junio, fué despojado de sus vestidos; ya se le iba á dar sepultura, cuando un jóven de Bugia, llamado Ali-Bouch, que, haciendo el comercio con las tribus del valle del Messaoud, habia recorrido muchas veces esta parte del litoral, juntó silenciosamente las manos, y pareció herido de estupor al aspecto del cadáver tendido al borde del hoyo abierto aprésuradamente para recibirle.

—¿Conocias acaso á ese *bed uino*?—le preguntó indolentemente un viejo sargento encargado de presidir la lúgubre operacion, empujando con el pié los restos sangrientos del berberisco. Porque el soldado francés no reconoce ni moros, ni árabes, ni kabilas; para él no hay más que *beduinos*.

El jóven, sin apartar la vista de la faz livida del muerto, meneó afirmativamente la cabeza.

—¿Y quién es?—preguntó el sargento.

—Un marabout ó morabito.

—¡Bahl! ¿Y no es más que eso?—repuso el veterano.—¡En este maldito pais todos son marabouts!

—¡Si no fuese más que un marabout!—replicó el jóven.—Pero es algo peor que eso.

—¿Qué es, pues?

—Es el *naya*.

—No te entiendo.

—Ese hombre que habeis muerto es el *Naya* de Amzien.

—¡De Amzien, Oulid-Ou-Rabath, el *gran sheikh*, como ellos le llaman!

—El mismo.

—Y eso, ¿qué importa?

—Por mi parte, me guardaré bien de poner los piés en el valle del Messaoud, porque ¿quién sabe sobre lo que descargará la cólera del *scheikh-saad*? Despues de esta muerte, bien pueden los franceses vivir alerta.

—¿Por qué?—dijo el viejo sargento encojiéndose de hombros.—¿Por haber matado ese *naya*? Jóven, yo creo que me estás contando un cuento.

El jóven no respondió y se alejó de allí, mientras el sargento daba al olvido esta conversacion, que un acontecimiento terrible vino á recordarle al cabo de dos meses.

cuando ya no era tiempo de impedir las consecuencias del incidente que acabamos de mencionar.

Siendo probablemente tan ininteligible para nuestros lectores como lo era para el respetable veterano de la guarnición de Bugía la palabra *naya*, creémos oportuno explicarles sucintamente este idiotismo introducido.

Cuando dos kabilas contraen alianza, cambian entre ellos el *mezrag* (lanza), prenda de unión que tiene por objeto ligarles irrevocablemente. Cada uno de ellos, por el hecho de este don mutuo, queda constituido en el *naya*, es decir, en el amigo, el inseparable, y permitasenos esta frase, en el *solidario*, el *alter ego* del otro.

El *mezrag* (el nombre indica suficientemente la antigüedad de esta costumbre), que era aparentemente una lanza en su origen, es hoy una ofrenda cualquiera según el capricho del donador; pero casi siempre se compone de un fusil ó de un yagatan, ó en su defecto de algún otro objeto portátil, como una bolsa de cuero para las municiones, un cinturón ó un albornoz.

El *mezrag* es un depósito sagrado: no se puede, sin vergüenza, perderle ó dejarle en manos del enemigo. Cada *naya* debe defender el suyo hasta exhalar el postrer suspiro, como el abanderado su bandera en los ejércitos europeos.

Al concluirse la asociación, es obligatorio devolverle intacto á las manos de aquel de quien se recibió.

Si uno de los *nayas* sucumbe en la lucha emprendida en común, el deber de su compañero es el de vengarle á todo trance.

El jóven Ali-Bouch no se había engañado, y el marabou muerto á las puertas de Bugía el 6 de junio, era efectivamente el *naya* del *scheikh-saad* (gran *scheikh* Amzien, designado generalmente, como su hermano y predecesor, con el nombre de Oulid-Ou-Rabath.

Hemos dicho que esta muerte necesariamente debía dar lugar á represalias. Nos resta ver ahora la venganza que tomó Amzien.

Al saber la muerte de su *naya*, Amzien dejó estallar una violenta cólera y fulminó terribles amenazas contra los asesinos de su amigo. Pero bien pronto, viniendo la

reflexion á calmarle en apariencia, apaciguóse, ó por lo menos disimuló el ardor de su resentimiento.

Desde este día vióse á este jefe tan impetuoso, tan ranco, tan leal hasta en su enemistad, ocultar bajo una máscara de amigo su ódio, sus trágicos designios, y proseguir lenta, pero seguramente, su objeto al través de los senderos tortuosos de la más peligrosa astucia.

Al atrevido combatiente, sucedió el bravo; al combate reemplazó la emboscada.

Doce dias despues de la muerte del marabout, los otros scheikh kabilas, viendo que Amzien no ha rotó con los franceses, se dirijen á él acusándole por su debilidad y amenazándole con su desprecio.

—Qué—le dicen,—¿has dejado matar á tu *naya* y para vengarle mantienes aun relaciones con los franceses? ¿Acaso eres una mujer, un impio ó un esclavo?

El *scheikh-saad* oyó sus censuras con frente serena; su conciencia estaba tranquila.

—Aguardad para juzgarme,—les replicó.—¿Creeis que Mohammed-Amzien es un niño? Aun no ha llegado el momento. Cuando sea tiempo, yo os avisaré, y entonces aprenderéis á conocer á Amzien. Si hay entre vosotros algunos que quieran ver por sus propios ojos cómo lavo mis injurias, que vengan. Ellos podrán decir si Amzien ha sabido vengarse.

Despues de estas palabras, que dejó algo incrédulos á los scheikhs, convinose que muchos caballeros de los Fenaya, una de las tribus más hostiles á la Francia, asistirían á la ejecucion del plan de represalias meditado tan misteriosamente por el *scheikh-saad*.

A pocos dias de este, Amzien, sabiendo que los víveres escaseaban en Bugia, eligió esta ocasion para probar su amistad al comandante francés, y dió á su sobrino Ou-Rabath el encargo de conducir al mercado de la plaza veinte bueyes.

Este envio fué considerado como una garantía de su deseo sincero de entrar en relaciones con nosotros, y el comandante superior le escribió algunos dias despues, pidiendo una nueva entrevista.

Al recibir esta carta de Mr. Salomon de Muisis, Amzien saltó de alegría: esto era lo que él esperaba, y sin embar-

go, no se apresuró á suscribir la proposicion. Para él no bastaba que le fuese ofrecida esta conferencia, necesaria para el cumplimiento de sus deseos; era preciso hacer creer á su confiado adversario que Amzien no tenia gran interés en aceptarla. Por lo cual el *scheikh-saad* afectó vacilar en encontrarse otra vez en presencia del comandante de Bugia; tardó quince dias en enviar la respuesta y por último, y como por fórmula, mandó á decirle que consentia en encontrarse con él en el sitio que se le designase.

Mr. de Musis estaba enfermo y en cama, cuando le fué remitido por el caballero Bechir el mensaje de *scheikh-saad*. Por lo tanto, no pudo contestar ni aquel dia, ni al segundo, ni al tercero.

Ignorando la causa de esta tardanza, é impaciente por cumplir la promesa de sangre que habia hecho á los *scheikhs* kabilas, Amzien abandonó su cautelosa reserva.

El 4 de agosto por la mañana, pasó el Summan y apareció con sus caballeros en el estremo de la llanura. Envió inmediatamente á Bugia á Barch-Bouch-Dejah, con encargo de decir al comandante superior que el *scheikh-saad* estaba allí, y que le esperaba para la conferencia.

Mr. de Musis continuaba aun algo enfermo; vagos presentimientos le hacian tener poca confianza en Amzien; estaba triste, inquieto, y á su vez mostró poco afan en acceder á la invitacion del kabila.

—No me siento bueno—respondió al emisario:—di á tu señor, que deseo aplazar la entrevista para el domingo (7 de agosto de 1836).

Pero el caballero Bechir, alma condenada de Amzien, que habia acompañado hasta la presencia del comandante al emisario Barch-Bouch-Dejad, insistió con Mr. de Musis para que la entrevista tuviese lugar en el mismo dia.

—Iré,—respondió el comandante, aunque con visible repugnancia.

É inmediatamente dictó al Imán de la villa las siguientes lineas, dirigidas al *scheikh-saad*:

«Si quieres hacer la paz conmigo, *mi querido amigo*, ven esta noche á las diez á la casa fortificada. Hablaremos de nuestros negocios, y yo espero que todo se arreglará á mis

tosamente. Te recomiendo la franqueza, quiero que no haya artificios entre nosotros.»

Por la noche, á la hora convenida, Mr. de Musis salió de la plaza, seguido del kaid Medani, del intérprete Taponi, del árabe Bel-Kassen, agente de policia mera, y acompañado del sub-intendente militar Fournier, que deseaba asistir á la conferencia para discutir ciertas cuestiones de su competencia, relativas al abastecimiento de la plaza.

Llegados á la casa fortificada, el *scheikh-saad* no estaba allí. Hallábase acampado á alguna distancia en la lanura.

Por órden del comandante, Medani montó á caballo y avanzó hácia el jefe kabila: pero de repente volvió riendas.

—No avanceis—dijo al comandante superior.—He visto alrededor de Amzien figuras desconocidas; creo que sean Fenayas, lo cual no me presagia nada bueno. Os repito que no avanceis.

Durante este tiempo, Amzien, á cuyo lado habian llegado Taponi y Bel-Kassen, rehusaba á pesar de sus instancias, ir á la casa fortificada.

—He visto relucir bayonetas entre las matas, y temo una celada,—les dijo;—no avanzaré un paso más.

Por fin, después de muchas idas y venidas, hubo una concesion mútua. La entrevista tendria lugar á la orilla del mar, cerca de la torre llamada de la Costa.

Arrastrado por una especie de fatalidad, Mr. de Musis se trasladó al sitio indicado con el kaid, el intérprete, Bel-Kassen, Bechir, Mr. Fournier y el capitán Blangini, jefe de una compañía franca emboscada entre la maleza á doscientos pasos de allí.

Por su parte, avanzó igualmente Amzien, seguido de sus ginetes, cuyo grueso quedó detrás de él, pero á una distancia mucho menor.

Al encontrarse, hubo cordiales apretones de manos, y se prodigaron los cumplimientos y las protestas de amistad. El *scheikh-saad*, sobre todo, mostróse afectuoso y expansivo.

—Este dia—dijo al comandante—colma todos mis deseos.

Después cambiáronse los regalos de costumbre.

Cerca del *scheikh-saad*, hallábase un jóven de rostro varonil é imposable, que llevaba un enorme trabuco. El comandante, sorprendido de su aire marcial, detuvoése delante de él y le regaló una moneda de cinco francos. El jóven recibió la moneda dando las gracias á la mano liberal segun la costumbre árabe, llevándola hasta sus lábios.

Tomóse en seguida el café y empezóse la conferencia.

Poco á poco, los ginetes que habían permanecido á alguna distancia del *scheikh*, avanzan indolentemente hácia el lugar de la conferencia. Una docena de ellos rodean al comandante y parecen tratar de aislarle de su comitiva.

El capitán Blangini, que ha observado esta maniobra hacésela notar á Mr. de Musis, el cual empieza á comprender todo el peligro de su situación; pero conociendo que ya es demasiado tarde para retroceder, juzga que lo mejor es disimular su viva ansiedad. Sin embargo, sus miradas inquietas revelan su emoción.

En este momento, Amzien, cuya mirada ardiente, fija sobre la fisonomía del comandante, parecia leer en ella su pensamiento, deja, como por distraccion, caer las riendas sobre el cuello de su caballo. Entonces, el jóven del trabuco, el que acababa de besar la mano del comandante, deslízase entre Mr. de Musis y los espectadores de la conferencia, apoya la boca de su arma sobre la espalda del desgraciado oficial y hace fuego: Mr. de Musis cae sobre el cuello de su caballo con la columna vertebral partida en dos, por diez ó doce balas de enorme calibre.

Esta detonacion y esta muerte súbita, son la señal de una descarga general hecha por las gentes de Amzien sobre el comandante ya muerto y sobre el pequeño grupo formado por su comitiva.

El jóven intérprete Taponi es rodeado por los asesinos y recibe á quema-ropa en el pecho las balas de un fusil atrozmente cargado. El kaid Medani es herido gravemente. Mr. Fournier logra escapar sano y salvo de la refriega, así como dos ó tres soldados del batallon de Africa que habían llevado los regalos y servido el café.

En cuanto al capitán Blangini, las balas silban en torno suyo sin herirle; pero un gigantesco kabila le derriba de

su caballo y le rompe una clavícula de un culatazo. Pero aunque lanzado por tierra y pisoteado por los caballos este intrépido oficial, no pierde ni la energía ni la serenidad. «¡A las armas! ¡adelante!»—grita con una voz tonante que, dominando el ruido de la fusilería, es oída por los primeros tiradores de la compañía franca, puesta ya en movimiento para venir á socorrer al comandante.

Antes que los ginetes árabes hayan tenido tiempo para cargar de nuevo sus armas, nuestros soldados llegan á la carrera. Mr. Blangiui, que se ha puesto en pié, colócase á su cabeza y toma á su vez la ofensiva contra el pérfido Amzien. Pero este, viendo alcanzado el objeto que se había propuesto, no juzgó prudente aguardar el choque; volvió riendas y dió á sus gentes la señal de retirada.

El caballo del comandante y el del intérprete, fueron arrebatados por los kabilas; los dos cadáveres quedaron en poder de los soldados franceses.

Al saber este funesto acontecimiento, apoderóse de la guarnición de Bugia una consternación y un furor indecibles. A duras penas pudo impedirse que fuese asesinado el espía Bechir, cuyo lenguaje artificioso había arrastrado á la fatal entrevista del 4 de agosto al comandante superior. Embarcado aquella misma noche para Argel y entregado á la justicia militar, este hombre fué reconocido culpable de complicidad con Amzien para la perpetración del asesinato de Mr. de Musis, y condenado á muerte.

Enviado de nuevo á Bugia para sufrir su condena delante de la población musulmana, mostró en sus últimos instantes esa estóica impasibilidad de los mahometanos, hija de la fé absoluta, el dogma de la predestinación y de su odio hácia los cristianos.

En cuanto á Amzien, por si podían quedar algunas dudas sobre los motivos del asesinato que acababa de cometer, él mismo tuvo cuidado de desvanecerlas poco tiempo después, en una carta en la cual explicaba claramente al comandante Lapéne, sucesor de Mr. de Musis, las causas que había tenido para cometer semejante atentado.

El *scheikh-saad*, esperaba escitar la admiración de los jefes kabilas, por medio de este hecho; pero estos juzgaron que aquella venganza era indigna de un hombre de lealtad y de corazón.

Los Mezaya le volvieron la espalda y le calificaron de «asesino que con una mano recibe presentes y con la otra dá la muerte.» Todas las demás tribus, hasta los Fenayas, muchos de los cuales habian asistido al asesinato del comandante, desaprobaban altamente este acto de felonía y de traicion.

En una palabra, el desprecio público, á falta de un castigo material, fué la pena infamante aplicada á la perfidia de Amzien. Tan cierto es que ni la barbarie de las costumbres, ni el imperio de las preocupaciones, ni los ódios de pueblo á pueblo, ni el fanatismo, pueden apagar en el hombre ese sentido moral, guía recto y seguro, que Dios ha depositado en el alma de toda criatura.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## LA VENGANZA KABILA.

Es un hecho observado hace ya largo tiempo, que todos los pueblos montañeses son esencialmente orgullosos, independientes, vengativos; en una palabra, infinitamente más apasionados que los demás hombres. Los suizos, los escoceses, los corsos, los kabilas, ninguno falta á esta regla.

¿En qué consiste esta desigualdad entre la llanura y la montaña? En sus costumbres, sin duda, se dirá; en su rudeza hereditaria, en su aislamiento: esto es cierto; pero las costumbres no son más que un resultado, supuesto que el hombre es uno, como lo había presentado Buffon y como parecen demostrarlo los inmortales trabajos de la ciencia moderna. Es, pues, preciso buscar además la causa primitiva de esta diferencia característica, y nosotros nos hallamos dispuestos á atribuirla á la influencia predominante de la atmósfera.

El aire suave de las llanuras enerva á los habitantes de las campiñas; parece que predisponiéndoles, cosa muy saludable sin duda, al yugo de las leyes y al culto de las virtudes sociales, altera en ellos, en cambio, el sentimiento de la grandeza y de la dignidad humanas.

Por el contrario, el hombre de las montañas, cuyos pulmones aspiran un éter puro y vivificador, siente crecer en él el instinto y la realidad de su fuerza; orgulloso de su

potencia física, llega á creerse casi el igual de las altivas rocas que le rodean, y desafía atrevidamente al resto de la creacion á que trate de amenguarle una sola de sus prerrogativas de hombre libre y señor de si mismo.

De donde se deduce que el aire de la libertad, como se ha acostumbrado á llamarle en estilo más político que literario, podría muy bien no ser otra cosa que un fluido gaseoso más saturado de partículas oxigenadas, más cargado de principios vitales que lo que suelen estarlo comunmente las regiones bajas de la atmósfera. ¿Hay algo más fuerte y más libre que el ave, cuya respiracion es doble? ¿Hay algo más soñoliento y más degradado que el reptil, cuyo pulmon apenas funciona?

Entregamos humildemente á los meteorologistas y á los legisladores esta pequeña ojeada etnográfica, que explicaria muy bien por qué la Francia no ha podido ser republicana hasta ahora, mientras que la Grecia y la Suiza lo han sido durante siglos enteros.

Partiendo pues del principio de que todos los montañeses se parecen, no nos sera difícil establecer la semejanza que existe entre los corsos y los kabilas.

En el capitulo anterior hemos dejado ver el implacable asentimiento de un hecho de guerra, independiente de toda voluntad como de toda prevision humana, que costó la vida, en una horrible celada, á varios oficiales franceses. Entonces hemos visto al kabila delante del extranjero; ahora vamos á encontrarle delante de sus mismos hermanos, y se verá de qué manera termina sus querellas intestinas y venga sus injurias privadas.

Las dos tribus kabilas de los Ouled-Abd-el-Adjebbar y de los Beni-Idjer, que acampaban una y otra en las cercanias de Bugia, estaban enemistadas hacia ya algunos siglos. Habia sobre todo una viva hostilidad entre las familias de sus jefes Kaid-Ahmed-Ben-Mohammed y Kaid-Hallel-Boursali.

¿Cuál habia sido el principio de esta enemistad, siempre tan envenenada, tan ardiente como en los primeros dias? Eso era lo que ninguno podia decir. Eran enemigos sin saber por qué. Lo cierto es que; de una y otra parte, habian sido muertas multitud de personas en cada generacion, sin hablar de los ganados robados, y los pueblos incendiados,

siempre á consecuencia de ese odio hereditario acerca de cuyo origen no se sabia una palabra.

Cinco años antes de la época en que comienza nuestra narracion, el kaid de los Beni-Idjer, Boursali, tenia un camello educado por él mismo, de una alzada y una fuerza capaz de sostener á un ginete; cuyo camello se arrojaba delante de su señor cuando este se disponia á montar en él.

Boursali no hubiera dado su jóven camello por todo el resto de sus ganados.

Ahmed, instruido de esta circunstancia, resolvió robar el camello á su enemigo.

Reunió algunos de sus parientes, confióles su proyecto y les preguntó si estaban dispuesto á acompañarle.

Habiéndole dicho que sí, partieron todos bien armados. Llegaron de noche al territorio de los Beni-Idjer, colocáronse en emboscada cerca de la habitacion de Boursali, y cuando permaneció observaron con mucha atencion las idas y venidas de los pastores y demas servidores del jefe. Fácilmente pudieron reconocer el establo donde se guardaba el camello. Sus ojos siguieron á los pastores que conducian los rebaños á pasto, y adquirieron la seguridad de que en el mismo día podrian conseguir su objeto.

Una vez los rebaños en el campo, no quedó para su guarda mas que un solo pastor. Este, creyendo que no habia ningun peligro, puesto que su tribu estaba en paz, durmióse á la sombra de un árbol. Los perros, sofocados por el calor, vinieron jadeantes á echarse cerca de él y se durmieron á sus pies.

Esto pasaba á una legua de distancia de la casa de Boursali.

El silencio más profundo reinaba en este lugar apartado, frecuentado solamente durante la noche por los leones y los chacales. Ahmed y sus parientes se acercaron cautelosamente al ganado y quisieron cojer el camello; pero el ruido que hicieron al aproximarse, por leve que fuera, no dejó de ser notado por el oido ejercitado de los perros, que con sus ladridos despertaron al pastor.

Ahmed dijo entonces á sus parientes:

—¡Detengamonos! ¿Sois hombres para adelantaros vosotros solos? Porque si yo cometo la imprudencia de pre-

sentarme delante de ese pastor, me reconocerá al momento: Boursali sabrá á quién debe la pérdida de su camello y llevará infaliblemente la guerra á nuestra tribu.

Sus parientes le respondieron:

—No temas nada: nosotros rodearemos á ese pastor y le mataremos; ¡la muerte es muda!

Lo cual fué dicho y hecho en un momento. El desgraciado pastor cayó sin vida al golpe de algunos yataganes.

Pero los perros continuaban ladrando y lanzándose frenéticos contra los asesinos á quienes mordían.

—Estos perros serán causa de que nos descubran,—gritó Ahmed;—es preciso desembarazarnos de ellos.

Inmediatamente amartilló sus pistolas y se dirigió hácia el camello haciendo ademán de cojerle. Los perros se lanzaron hácia él; pero dos pistoletazos disparados á boca de jarro hicieron rodar sin vida á estos leales guardianes.

—¡Pronto! ¡en marcha!—gritó Ahmed.—Este ruido puede atraer á alguno. Acarreamos delante de nosotros todo el ganado que podamos de Boursali y pongámonos en salvo. Yo me encargaré del joven camello.

Durante esta operacion sobrevino la lluvia.

Los kabilas se dijeron:

—Hé aquí una contrariedad: la tierra se ablandará y si Boursali nos persigue, reconocerá fácilmente las huellas de su ganado.

—No os inquieteis por eso,—respondió Ahmed.—En vez de volver directamente á nuestra casa, nos internaremos en las montañas de los Chellatah; atravesaremos el territorio de Amalon y el de los Tagabath; seguiremos despues la orilla del Oued-el-Kebir y llegaremos á nuestra tribu sin haber sido inquietados. Muy hábil necesaria ser Boursali para seguirnos la pista.

Los kabilas aplaudieron este discurso. Echaron delante los bueyes y los camellos, teniendo cuidado de pisar sobre las huellas que estos animales imprimian sobre la tierra mojada.

Llegados de noche á la tribu de los Chellatah, descansaron algunas horas; emprendieron en seguida la marcha antes de amanecer, temiendo ser vistos, y tomaron los caminos más apartados.

La lluvia continuaba cayendo.

Ahmed y los suyos vieron que á pesar de la prudencia de su marcha, podrian ser descubiertos por las huellas del ganado.

Para obviar este inconveniente, cojieron á los camellos y á los bueyes por la cola y los hicieron caminar hácia atrás. Esta maniobra retardaba infinitamente su marcha, pero hacia casi imposible su persecucion, desorientando á sus enemigos.

Al fin atravesaron felizmente el pais de los Tagabath y no tardaron en llegar á las orillas del Oued-el-Kebir. Allí hicieron entrar á su presa en el agua para hacer perder la pista á Boursali, si por casualidad habia podido seguirlos. Despues costearon las dos ribéras, marchando alternativamente sobre el lecho del rio y sobre las rocas que le tienen como encauzado.

Así es como atravesaron los terrenos neutrales de los Tojhamin, de los Beni-Immel y de los Senadjah.

Por último, despues de una larga ausencia, volvieron á sus *dacherahs*, donde se cantó victoria y donde toda su familia los acogió con trasportes de alegría.

El ganado apresado fué repartido entre todos los que habian tomado parte en la expedicion.

Ahmed no retuvo para si mas que el jóven camello que habia arrebatado á su enemigo mortal.

Ahora retrocedamos un poco.

Las gentes de Boursali habian oido los dos pistoletazos disparados por Ahmed; habian acudido al ruido y habian visto al pastor muerto y al ganado reducido á la mitad, desbandado por la colina.

Apresuráronse á avisar á su señor, que habiéndose asegurado por sus propios ojos, permaneció mudo, trémulo de cólera y de desesperacion: juró que tomaria una venganza ruidosa, y se comprometió á no reposar hasta que no hubiese enviado las almas de los asesinos de su pastor á servir de esclavas en el otro mundo.

Sin perder tiempo, reunió sus gentes y les confió su injuria y el plan que habia concebido. Inmediatamente tomaron todos sus fusiles y se pusieron en marcha con él. El demonio de la venganza les guiaba y apresuraba su marcha.

Por órden de Boursali, sus servidores recorrieron todos

los senderos, y por la tarde volvieron anunciando que habían encontrado las huellas del ganado robado.

Boursali fué al lugar designado y reconoció perfectamente las huellas de su joven camello, que hubiera distinguido entre mil.

La pista estaba claramente marcada hasta la entrada del territorio de los Chellatah; pero llegados allí, Boursali y sus gentes no supieron qué ruta seguir, porque el camino se perdía entre las rocas y era imposible adivinar si los raptores habían tomado á la derecha ó á la izquierda, ó si habían seguido su marcha en línea recta.

Las gentes á quienes Boursali interrogó, declararon que no habían visto á nadie; pero que probablemente los ladrones habrían tomado á la izquierda siguiendo el barranco que conducía al río.

Esta indicación no era exacta; pero, cosa singular, este mismo error fué el que dió al traste con los cálculos de Ahmed y el que contribuyó á poner á Boursali sobre el rastro de sus enemigos; porque si este último hubiera seguido la verdadera dirección de los raptores, hubiera llegado al centro del territorio de Amalon y allí se hubiera desorientado con las huellas de su ganado, que como hemos visto, Ahmed había hecho andar hacia atrás.

Penetrando, pues, en el barranco, llegó al territorio de los Tagabath, y al mismo sitio en donde los raptores del ganado habían entrado en el río. Entre las pisadas marcadas sobre la tierra húmeda de la orilla, la vista de lince de Boursali reconoció las de su camello favorito. El jefe kabila adivinó al instante que los ladrones habían seguido el curso del río, y marchó en la misma dirección.

Su gente se dividió: una mitad costó la orilla derecha; la otra mitad la izquierda.

Innumerables dificultades les detenían á cada paso; de vez en cuando encontraban algún leve indicio que les revelaba la marcha de los que iban buscando. Pero bien pronto aparecían de nuevo las rocas, cuyo duro pedernal no ofrecía ningún vestigio de los fugitivos.

Deteníanse en todos los *dacherahs*, interrogaban á todos los viajeros; pero Ahmed había tomado tan bien sus medidas, que ninguno sabía de quién quería hablarles Boursali.

Hubo un momento en que este, agobiado por la fatiga, y no sabiendo dónde perseguir á un enemigo invisible, estuvo á punto de caer en el desaliento.

Sus compañeros estaban igualmente desesperanzados.

—Ya ves nuestro embarazo,—le dijeron;—tú debes saber mejor que nosotros quién te ha robado. Dinos tu pensamiento y de quién sospechas.

—¿De quién quereis que sospeche yo,—respondió Boursali,—mas que del enemigo mortal de nuestra familia, de Ahmed, jefe de los Ouled-Abd-el-Djebbar?

—En ese caso quedémonos nosotros aquí, mientras dos de tus más inteligentes y más fieles servidores irán disfrazados de mercaderes á informarse de lo que ha pasado en el aduar de Ahmed.

El consejo fué puesto en práctica.

Cuando los dos emisarios regresaron, pudo verse en la expresion triunfante de su fisonomía que traian buenas nuevas. Efectivamente, anunciaron que habian visto el camello y todas las reses robadas en la *dacherah* de Ahmed; y añadieron que se preparaba un gran festin para celebrar el magnifico golpe dado por su jefe, cuya fiesta debia tener lugar en la noche del sexto dia de su partida de la *dacherah*.

—¡No faltaremos nosotros!—esclamó Boursali, radiante de alegría.—Partiendo ahora mismo, llegaremos á tiempo de figurar en el festin de una manera digna de nosotros.

Levantaron inmediatamente el campo y llegaron al lugar deseado la madrugada del dia en que debia celebrarse el festin.

La *dacherah* de Ahmed ocupaba la cima de una pequeña colina, poblada de una multitud de árboles y de arbustos de todas clases, por lo cual no fué difícil á Boursali y á los suyos permanecer ocultos hasta la hora propicia para la ejecucion del plan que habian concebido.

Hacia ya muchos dias que habia cesado la lluvia, dando lugar á una temperatura ardiente que habia desecado las yerbas y calcinado las hojas de los árboles. Esto hizo sonreír á Boursali que dijo á sus gentes:

—Cuando la zerna y el tamboril den esta noche la señal de la fiesta, entonces será el momento de obrar.

Esperando la hora indicada, los kabilas se deslizaron

silenciosamente entre la espesura del bosque; despues desnudando sus yataganes y formando un círculo que cerraba completamente la dacherah de Ahmed, hacinaron delante de ellos multitud de ramas secas, de arbustos y de yerbas medio calcinadas por el sol.

Ya habia cerrado la noche cuando se oyeron los primeros golpes del tamboril. Inmediatamente brilló la llama en todas direcciones hácia el centro de la colina.

En pocos minutos vióse la dacherah rodeada por una serpiente de fuego que iba estrechándose cada vez más y ganaba la cima de la colina con una rapidez espantosa.

Toda via de salvacion estaba cerrada ya para Ahmed y sus compañeros que, sumerjidos en las delicias del festin, ni siquiera sospechaban la existencia del incendio. Cuando advertidos por los gritos de los esclavos abandonaron desordenadamente la mesa del festin, vieron desde lo alto de la colina, á la luz rojiza de las llamas, destacarse bastantes alhornoques blancos entre las sombras de la noche.

Ahmed, juzgando desde el primer momento la estension del peligro y viéndose irremisiblemente perdido, resolvió no bajar á la tumba sin venganza.

Al siniestro resplandor de la llama devastadora habia reconocido á su enemigo mortal, que, ayudado de sus servidores y arrastrado por un ódio infernal, atizaba él mismo la llama, dirijiendo desde lejos al desdichado kaid las frases más insultantes.

—Ladron de camellos, asesino,—gritaba:—Boursali te saluda. Ha temido para tí el aire de las noches glaciales de las montañas, y ha venido, cómo tú ves, á encenderte fuego él mismo.

Y despues añadia:

—El escorpion es venenoso, pero vá á perecer en las llamas.

—Perecerá,—gritó Ahmed furioso;—pero antes te hará sentir su picadura.

Y diciendo estas palabras, apuntó á Boursali, disparó y le tendió muerto.

En el mismo instante surgió una violenta ráfaga, la llama mujió, lanzóse hácia la cima de la colina, arremolinóse en ella y redujo la dacherah á cenizas; sin que quedase un vestigio de los hogares ni de las personas que la componian

Los parientes y los servidores de Boursali recojieron su cadáver y le trasladaron en gran duelo a su casa, donde fué llorado de sus mujeres y de todos sus amigos, como un guerrero animoso y emprendedor.

No habiendo dejado hijos Boursali, y habiendo perecido Ahmed en las llamas, con sus mujeres, sus hijos y todos sus parientes ó aliados, la querella quedó terminada allí, y el negocio no tuvo otras consecuencias.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

—El primer capítulo de la historia de la Alhambra y Generalife, que se refiere a la fundación de la ciudad y a la construcción del palacio, es el más interesante y el que ha atraído la atención de los viajeros y de los escritores.

## XI.

### LA TUMBA DE LA CRISTIANA.

El *K'beur-Erroumia*, literalmente tumba de la *Rumy* ó cristiana, es un antiguo monumento que se alza a algunas eguas de Argel, hácia el extremo Oeste de la llanura de la Metidjah, sobre uno de los puntos más culminantes de Sahel.

La tumba de la cristiana, con razon ó sin ella, tiene fama de encerrar grandes riquezas. Este gigantesco monumento, que tiene treinta metros de alto por cinco de ancho, guarda, según se dice, montones de piedras preciosas, de cajas de perlas y de rubies. Todas estas alhajas pertenecian á una sarracena arrojada de España en la edad media, la cual fué inhumada en este sitio.

Naturalmente se pregunta cómo ha podido permanecer intacto hasta ahora este tesoro en medio de tantas gentes rapaces. La cosa parece increíble, en efecto; pero es preciso saber que un hábil astrólogo, amigo de la familia de la difunta, habia hecho conjuros y compuesto un encantó para poner el tesoro al abrigo de todo robo. Habiendo muerto las personas de la familia que conocian la fórmula cabalística, el secreto que abria esta tumba habia desaparecido con ellas.

Sin embargo, no han dejado de hacerse bastantes tentativas para cojer este tesoro de la princesa sarracena. La narración de una de estas vanas empresas, que forma

leyenda conocida en la Argelia con el nombre de *Hadjouth esclavo*, es la que vamos á dar á conocer al lector en toda su sencillez.

«Un cierto Yousef Ben-Kassem, vivia, hace ya muchos años, en el territorio de los Hadjouths. Poseia todo lo que puede asegurar la felicidad de un creyente: su mujer era dulce y bella; tenia hijos sanos, vigorosos, cuyas caricias colmaban de alegría su corazon paternal; su *haouck* (casa de campo) era nueva, y sus tierras le daban un quinientos por ciento de lo que sembraba.

Desgraciadamente, estalló la guerra santa entre los musulmanes y los cristianos.

Era, pues, un deber para Ben-Kassem contribuir con su persona en una circunstancia tan grave. Abrazó á su mujer y á sus hijos, y recomendandoles que rogasen á Dios por él, montó á caballo, tomó su fusil y fué á reunirse con sus compañeros de armas.

El cielo concedió la victoria á los cristianos y Ben-Kassem fué hecho prisionero y conducido al pais de los vencedores, donde se le vendió como esclavo.

Aunque tuvo por amo un hombre que no le trataba con dureza, su corazon rebosaba amargura. Con los ojos fijos constantemente sobre el mar, en direccion á Koleah, la ciudad santa, lanzaba sollozos desgarradores pensando que jamás volveria á ver á su mujer y á sus queridos hijos.

Una noche que sentado al pié de un árbol, con el rostro entre las manos, exhalaba su tristeza en suspiros amargos y en gemidos lastimeros, sintió el peso de una mano que se apoyaba sobre su hombro.

Levantó la cabeza y vió delante de él un hombre de fisonomia austera que llevaba el gorro puntiagudo y la ropatalar de los astrólogos.

—Púsose en pié y esperó en silencio á que el sábio le dirijiese la palabra, lo cual fué hecho en estos términos:

—¿Eres árabe?

—Yousef hizo un ademan afirmativo.

—¿De qué tribu?

—Soy Hadjouth.

—¿Te alegrarias de volver entre los tuyos?

—Retírate,—gritó Yousef cólerico;—¿tú que vienes á insultar los doleres de un desgraciado esclavo!

—No me burlo,—le respondió el desconocido.—Escucha: si quiero, puedo devolverte los objetos por quienes lloras; pero con una condicion.

—¿Cuál? ¡oh! Habla pronto, cristiano,—dijo Ben-Kassem vuelto a la esperanza por el tono grave y mesurado del extranjero.—Por ver de nuevo a mi pais, por abrazar a mi mujer y a mis hijos, lo sacrificaria todo... excepto mi alma.

—Mi condicion es de las más fáciles de cumplir. Puesto que eres Hadjouth, ¿conocerás la tumba de la cristiana?

—Si yo estuviese en mi *haouch*, me bastaria media hora para trasladarme a ella. ¡Oh! ¡Cuántas veces he cazado el abalí y la hiena cerca de esa sepultura!

—¡Pues bien! Yo pagaré tu pasaje en el primer navio que salga para Argel; pero vas a jurarme por la salvacion de tu alma que despues de haber pasado tres dias con tu familia, te trasladarás, en la madrugada del euarto, al pié de la tumba; y allí encenderás en el costado de Oriente una hoguera en la cual quemarás este papel.

Y al mismo tiempo le dió un pedazo de papyrus amarilento sembrado de signos particulares y de caractéres tomados de un idioma desconocido.

—Y es eso todo lo que hay que hacer?—preguntó el árabe.

—Todo,—dijo el mágico.—Ya ves que no te exijo mucho, en cambio de la felicidad que voy a devolverte. ¿Me juras ejecutar fielmente mis instrucciones?

Yousef, encantado de recobrar su libertad a tan poca costa, prestó gustoso el juramento que le exijia el extranjero.

Desde el siguiente dia vióse libre Yousef; el mágico le condujo al puerto, donde precisamente se encontraba un navio que partia para Argel. Subieron ambos a él, y el cristiano pagó el pasaje del Hadjouth, despues de lo cual el libertador, recordando por última vez su promesa al emancipado; le deseó buen viaje y bajó a tierra, porque el navio iba a partir.

La navegacion fué feliz. Pocos dias despues, el Hadjouth pisó la tierra de Argel. Corrió a su *haouch*, donde su mujer y sus hijos se arrojaron en sus brazos llorando.

Jamás hubo alegria igual a la suya. Durante tres dias, todo fué fiestas y regocijos bajo el techo de Yousef. Pero

este Hadjouth no se parecía á sus compatriotas: era hombre de palabra. La felicidad no le hizo perder la memoria, y en la madrugada del cuarto día trasladóse á la tumba de la cristiana, encendió el fuego en la parte de Oriente, según la órden de su libertador, y arrojó en las llamas el escrito que le habia entregado este último.

Apenas fué reducido á cenizas este papel, cuando Yousef, con una sorpresa indecible, vió entreabrirse el muro de la tumba para dar paso á una fabulosa cantidad de monedas de oro y de plata, que elevándose por cima del mausoleo, como el humo en los aires, volaban hácia la costa del mar, es decir, hácia el país de los cristianos. Estas monedas eran en tan grande cantidad, que, semejantes á una nube, interceptaban los rayos del sol.

Yousef permaneció al pronto inmovil de sorpresa; pero bien pronto el interés le hizo lanzarse á ver si podía cojer algun dinero. Pero su esfuerzo era vano; la nube de metal parecia reirse de sus saltos desesperados.

Viendo que su agilidad no era suficiente, cojió su albornoz y lanzóle por cima de su cabeza con brazo vigoroso; inmediatamente tuvo la alegría de ver caer á sus piés treinta monedas de oro de las más grandes y más de cien duros de plata. Apresuróse á levantar su manto de lana, contando con empezar de nuevo el juego lucrativo que tan bien le habia salido; pero en el momento que se disponia á lanzar otra vez su albornoz, vió con dolor que las piedras, un instante abiertas del sepulcro, habian vuelto á cerrarse y ya no salia de él ni el menor escudo.

Ben-Kassem esperó mucho tiempo aun cerca del monumento, con la esperanza de que el tesoro emprenderia otra vez su vuelo; pero viendo que todo habia concluido y que el sepulcro permanecia definitivamente cerrado, rescojió el oro y la plata caidos á sus piés y se volvió á su casa.

Durante algun tiempo, Yousef guardó silencio acerca de este raro acontecimiento; pero al fin, un día que fumaba su pipa en compañía de algunos amigos, no pudo menos de contarles su estraña aventura.

Estos, como de costumbre, repitieron la historia con tan buena maña, que no tardó en llegar á oídos del pachá.

Este, cuya codicia se despertó, envió inmediatamente

un gran número de hombres á la tumba de la cristiana con orden de demoler el mausoleo y traerse el tesoro que encontrasen en él.

«A fin de estimular su celo, prometiéronles una parte de las riquezas de la difunta.

Los obreros se aprestaron á trabajar con ardor; la piqueta destructora se levanta y cae con estrépito sobre la tumba. Pero en el mismo instante, una mujer, la difunta sin duda, vestida con una larga túnica blanca, levántase en lo alto del edificio, tiende sus brazos hácia el lago que duerme al pié de la colina y esclama con voz estridente:

—¡El Oula! ¡El Oula! (este es el nombre del lago), ¡sócórreme! Los hombres quieren apoderarse de todos mis bienes. ¡Ven en mi ayuda!

A estos gritos sale del lago una nube de mosquitos tan grandes como escorpiones, que se precipita sobre los trabajadores á quienes hieren con sus agujijones hasta obligarles á emprender la fuga.

Los obreros recordando las órdenes y las promesas del pachá, intentaron por dos veces volver á su trabajo; pero por dos veces tambien la terrible legion alada les rechazó, y cubriéndoles de nuevas y horribles picaduras, acabó de ponerles en derrota.

Volvieron, pues, cabizbajos á Argel y presentaron sus rostros erisipelados al soberano, que, despues de haberse enterado de la aventura, juzgó inútil renovar la tentativa para apoderarse del tesoro de la cristiana.

Parece resultar de esto que el misterioso tesoro está aun en el mausoleo, á merced del primero que tenga la habilidad de apoderarse de él. Pero hay una segunda leyenda, segun la cual el tesoro de la cristiana ha desaparecido hace siglos para ir á enriquecer un país y un personaje completamente desconocidos de todo el mundo.

Hé aqui cómo pasó la cosa:»

«Un nigromántico extranjero, hombre hábil pero sumamente perverso, habiendo llegado á descubrir, por medio de uno de los secretos de su arte, la existencia de la tumba de la *Rumy* y la inmensidad del tesoro que encerraba, resolvió apropiárselo, y para esto compulsó pacientemente durante muchos años todos los infólios que han tratado la alta ciencia de la cábala

Habiendo logrado por último descubrir la fórmula sacramental [que debía abrir la tumba, la escribió sobre un pergamino que guardó cuidadosamente en una cartera de cuero. Despues, habiéndose provisto de todo lo necesario para la ceremonia, embarcóse lleno de esperanza en un navío que salia para Argel.

Desgraciadamente, al tomar tierra levantóse un huracan que hizo zozobrar la lancha donde iba el mágico, cayendo este al agua.

Este pequeño accidente era de mal augurio.

Sin embargo, el sábio no se inquietó. Salió á nado y al saltar á la playa vió con alegría que el precioso manuscrito continuaba en el bolsillo de su traje. Encendió fuego sobre la ribera, comió algunos higos de Berberia, y despues, habiendo secado su albornoz, envolvióse filosóficamente en él y se durmió, teniendo entre sus manos el pergamino que debía hacerle, antes de poco, rico, poderoso y respetado.

Los Hadjouths, en cuyo territorio se hallaba el mágico, han sido siempre dados al pillajé. Algunos de ellos, vieron desde lejos el fuego del nigromántico; supusieron que se habria perdido algun navío durante la tempestad, y corrieron á saquear á los naufragos. Pero no encontrando más que un hombre dormido en la playa, montaron en cólera y juraron que el extranjero pagaria el chasco que les habia dado.

Y efectivamente, á pesar de sus gritos y sus esfuerzos le robaron todo el dinero que tenia consigo, única cosa que habia salvado de su naufragio.

Felizmente no vieron en el pergamino cabalístico, más que un escrito desnudo de valor y de sentido, y desdeñaron esta presa.

Animándose al ver que le habia quedado el precioso manuscrito, apenas rayó el dia dirijióse hácia la tumba de la cristiana.

Al divisarla á lo lejos, exclamó:

—¡Al fin os encuentro, tesoros benditos! ¡Salud, oh vosotros, que vais á hacerme más rico, más feliz que un rey!

Asi que estuvo cerca del monumento, encendió fuego, tornóse hácia el Oriente, sacó el manuscrito de su bolsillo y le abrió por la primera página.

En este momento, levantóse una nube azulada por cima del mausoleo; pero en el exceso de su alegría, el mágico no reparó en este espectro azulado que oscilaba, columpiado por una brisa matinal, y parecía espiarle desde lo alto de la fúnebre pirámide.

Cuando el fuego estuvo completamente encendido, arrojó en él algunos aromas y empezó á leer. Al final de cada versículo recitado por él con voz alta y solemne, veía entreabrirse las piedras del edificio.

Al llegar á la mitad del conjuro, pudo contemplar con ojos radiantes, al través del muro ábierto bajo el imperio de su encanto, enormes pilas de oro y de plata, y millares de perlas y brillantes, cuya piedra más pequeña hubiera bastado para enriquecer á una familia.

A la vista de estas riquezas, precipitó su lectura con nuevo ardor; pero en el momento en que acababa de volver la última hoja del manuscrito con mano convulsiva apercibióse de que el agua del mar había mojado esta última parte, haciendo imposible su lectura. En vano se esforzaba por descifrar los caracteres borrados por las ondas del mar, ó de recomponerlos por medio de sus recuerdos: su vista le hacia traición, y su memoria, no menos infiel, le rehusaba todo socorro.

En este instante, vió con una desesperación y una angustia impensables de pintar, deshacerse todas las pilas de monedas de oro y de plata, chocarse con un ruido sonoro y lanzarse fuera de la tumba por las aberturas que acababa de formar su conjuro.

El tesoro tomó el camino del mar. Después de las monedas, siguieron las perlas; después, los brillantes; finalmente, todas cuantas riquezas se encerraban allí, guiadas por la nube azulada que poco antes se balanceaba por cima del mausoleo.

El desgraciado mágico, fuera de sí, tan pronto daba saltos desmesurados para tratar de cojer algunas piedras finas, tan pronto recurría á su manuscrito y con ojos estraviados procuraba reconstruir la fórmula cabalística, sin lo cual todas aquellas riquezas iban á quedar perdidas para él.

Pero todo fué inútil. La última partícula del inmenso tesoro contenido poco antes en la tumba, desapareció

completamente, sin que el sábio hubiese anudado el hilo de su conjuro, tan desgraciadamente roto.

Entonces el desdichado se revolcó sobre la arena retorciéndose los brazos y lanzando quejidos desesperados.

Así pasó todo un dia, uno de esos dias de duelo y de agonía que son eternidades de sufrimiento.

Torturas de otro género vinieron á advertirle por último que hacia ya treinta y seis horas que no habia tomado ningun alimento.

Levantóse y quiso buscar algo que comer; pero los Hadjouths que le habian robado la vispera, no eran gentes capaces de dar nada por amor al prójimo. En todas partes onde se presentó pidiendo con voz doliente un pedazo de pan, se le preguntó irónicamente si tenia con qué pagar lo que buscaba.

El pobre nigromántico, rechazado en todas partes, murió de hambre como un perro sarnoso, en el mismo sitio donde habia creído recojer un tesoro mayor que el de todos los sultanes juntos.

La nube azulada,—añade la crónica,—no era otra que el buen génio consagrado á la custodia de la tumba, que despues de haber salvado el tesoro de las garras del nigromántico, le llevó del otro lado de los mares, á un pais conocido solo de Dios y de su Profeta. ¡Que la bendicion de Allah sea sobre este último, y se estienda á toda su familia!

Con esta piadosa invocacion termina la leyenda, cuyo sentido trasparente será comprendido por todos. Preciso es no ver en ella mas que la espresion del sentimiento tan profundo entre los orientales, del respeto debido á la sepultura.

Respecto al valor arqueológico de la tumba en donde la leyenda musulmana acumula tantas riquezas, no están acordes los anticuarios: unos quieren, bajo la fé del historiador Mármol, que esta sepultura sea la de la Cava, hija del conde don Julian, uno de los gobernadores del Africa; otros se inclinan á pensar, segun Pamponius Mela, que este mausoleo fué el sepulcro comun de la familia real de Numidia.

Por nuestra parte, nosotros no tenemos ninguna razon para preferir el testimonio de Mármol al de Mela. El lector

elejirá, entre estos dos testimonios, el que más le agrade, si acaso hay uno que le satisfaga. En caso contrario, no hay que impacientarse, seguros de que mañana, Leon el Africano ó alguna otra autoridad que tome parte en el debate, dará á luz una nueva variante que, acaso, con el tiempo, se verá acompañada de otras muchas.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## XII.

### LOS TEBIBS.

Designase en Argelia con el nombre de *tebib*, á los prácticos que ejercen el difícil arte de curar.

Padres de la medicina moderna, los árabes han hecho lo que las aves que, viendo á sus propios hijos bastante fuertes para volar por sí solos, les lanzan fuera del nido paterno, sin inquietarse por su destino ulterior; han dejado huir lejos de ellos su progenitura, demasiado grande ya, cuidando tan poco de su existencia, que han venido á perder hasta el recuerdo de ella.

No solamente no conocen ya la medicina mas que de nombre, sino que hasta no tienen verdaderos médicos; porque entre ellos es *tebib*, sin estudios ni exámenes preliminares, todo aquel que quiere abrogarse este titulo, y los sucesores de Avicena, de Aetius y de Averroes, son, ó marabouts visionarios y empíricos que combaten las enfermedades con las sentencias del Alcoran y el charlatanismo de las fórmulas mágicas, ó Figaros berberiscos que, por lo comun, se muestran tan malos cirujanos como hábiles barberos.

En tésis general, es de dogma entre los habitantes moros ó árabes de la Argelia, que la causa determinante, en principio, el gérmen de todas las enfermedades humanas, es la introduccion repentina y perniciosa de los malos genes (*djenouns*) en el cuerpo del hombre.

Estos peligrosos espíritus afectan una multitud de formas, pero más particularmente la de sapos ó ranas que permanecen emboscados á la orilla de los lagos, esperando á los pasajeros. Pero sea cualquiera la forma que tomen estos malos génius, ninguno deja de creer que sean ellos la causa principal de todos los desórdenes orgánicos que afectan tan dolorosa y tan frecuentemente nuestra débil estructura corporal.

Admitida esta idea, toda la cuestion para preservarse de las enfermedades y para curarse de ellas, estriba primeramente, en garantizarse de los génius por medio de todas las precauciones y todos los recursos posibles; y en segundo lugar, si no se ha logrado rechazar su entrada en el santuario, en espulsarles de él lo más pronto que se pueda.

Procedamos lógicamente y ocupémonos de los preservativos.

Los talismanes ó amuletos son la armadura opuesta generalmente á los ataques, siempre formidables, de los malos *djenouns*. Los argelinos se proveen de estos amuletos, cargando de ellos á sus mujeres, sus hijos, y hasta sus caballos y sus camellos, y así pretenden de buena fé librarse ellos y todo lo suyo de la enfermedad y de la mala muerte.

Estos talismanes son dados por los marabouts que hacen de ello un comercio extraordinariamente lucrativo. Generalmente se componen de algunas cuentas de rosario ó de algunos trozos de un papel ennegrecido llenos de unos caractéres indescifrables.

Los hay para todos los casos, y cada morabito tiene su especialidad. Unos preservan de la fiebre, de la oftalmia, otros de las balas; y también los hay que poseen la virtud contraria. No habiendo nada imposible para los elejidos de Dios, si los morabitos venden la vida, también pueden vender la muerte.

El talisman se lleva al cuello, y ordinariamente va encerrado en una bolsita de cuero marroquí, bordada de oro. Los pobres se contentan con envolverle en un pedazo de lienzo blanco endurecido con cera ó esparadrapo, que los morabitos les entregan con el contenido, mediante una módica retribucion. Sobre el cuadrado de papel ó de per-

gamino que recibe la fórmula mágica, están trazadas figuras místicas invariablemente acompañadas de versículos del Koran y de un conjuro más ó menos ininteligible dirigido contra el espíritu maligno.

Los amuletos son la base y la esencia, tanto de la higiene como de la medicina argelinas. La ocupacion francesa y la solicitud de los médicos europeos, han cambiado poco ó nada, bajo este punto de vista, las creencias de los moros y de los árabes; y la anécdota siguiente probará la fé ciega que tienen en las virtudes de esos, estraños medicamentos:

Un médico conocido nuestro, fué llamado últimamente en Argel á casa de un Kouloughi, que padecia una grave afeccion crónica, de la cual llegó á triunfar fácilmente muchas veces el doctor, merced á un remedio infalible. Escribió, pues, una receta y se retiró esperando que el enfermo se aliviaria muy pronto.

A los quince días encontró á su hombre más pálido y más débil que cuando le habia visitado.

—¿Cómo seguís?—le preguntó el doctor.—Mal, según parece, ¿no es verdad?

—¡Oh! sí, muy mal,—respondió el buen argelino.—Mis padecimientos son cada vez mayores.

—¿Habeis seguido fielmente mi medicacion?

—¡Vuestra medicacion!—repitió el paciente.

—Si, lo que yo os habia prescrito en aquel papel que me di el otro día.

—¿Aquel papel que tenia trazados muchos caracteres que yo no entendia?

—Sí. ¿Habeis seguido punto por punto lo que dispone?

—Seguido... no, precisamente: él es quien me ha seguido á mi;—respondió el enfermo.

—¿Qué quereis decir?

—Os juro que no se ha separado de mi, y para probaroslo, mirad.

Y diciendo estas palabras, el pobre Kouloughi enseñó al médico estupefacto la receta plegada en cuatro dobleces, que llevaba al cuello colgada de una cinta.

El desgraciado habia tomado la prescripcion del doctor por un amuleto y se la habia aplicado al esternon. Asi esperaba pacientemente el resultado de esta bella medicina.

cion, y le esperaria aun si el doctor no le hubiera obligado á ir á casa de un farmacéutico, donde compró el medicamento del cual dependia su curacion.

Los sacrificios hechos al pié de algunas fuentes en honor de las divinidades, son otro medio curativo muy usado en la Argelia.

El remedio á que acuden con más gusto los argelinos es la sangria, la cual constituye para ellos la panacea universal. Los barberos, que son los que ejercen su monopolio, se sirven para esta operacion más bien de la navaja de afeitar que de la lanceta. En este caso practican una fuerte ligadura alrededor del cuello del paciente, á fin de que se inyecten los vasos del rostro; despues pasan ligeramente y con una rapidez increíble el filo de la navaja por los tegumentos de las regiones temporales, cuya epidermis rajada de este modo dá libre paso á numerosas gotas de sangre. El operador coje entonces un cilindro de madera que hace rodar sobre la parte escoriada con el objeto de precipitar la emision sanguinea y aumentarla todo lo posible.

Estas *escarificaciones* se practican no solo en las sienes, sino en la parte media y posterior de las piernas y en la articulacion del brazo.

La medicina operatoria puede decirse que casi es desconocida de los árabes y de los berberiscos. Sobre el campo de batallá curan sus heridas aplicandoles sobre la herida taponos de lana. Garantida así del contacto del aire, sucede muchas veces que la herida se cicatriza con una maravillosa rapidez; pero generalmente se declara la gangrena á consecuencia de la inflamacion que no puede menos de causar semejante método de curacion. Por poca gravedad que ofrezcan las heridas, son casi siempre mortales.

Algunas veces, sin embargo, el instinto suple entre los árabes á la esperiencia y a los conocimientos. A esto se debe, que para curar un miembro fracturado, algunos de ellos le rodean de una especie de *estopada* compuesta de pelo de camello aglutinado con clara de huevo, que hace maravillas en estas heridas tan peligrosas. Tambien sostienen el miembro enfermo con la ayuda de un brazalete de cañas que, dotado de toda la ligereza y la elasticidad

dad deseables, proteje perfectamente la parte dañada sin comprimirla demasiado.

Otros emplean, para el tratamiento de las fracturas en general, un vendaje inamovible compuesto de compresas y de vendajes. Empapado en una agua en la cual se ha desleído harina, adquiere al secarse tan grande solidez, que todas las piezas de que se compone se encuentran reunidas en una sola.

Las amputaciones distan mucho de haber llegado entre los árabes al mismo grado de perfeccion. Cuando la eliminacion del miembro fracturado es reconocida como indispensable, la operacion se practica, si el herido consiente en ello, con unas encillez bárbara en toda la acentuacion de la palabra. Colócase al paciente sobre un asiento; despues le ponen bajo el brazo ó la pierna que se va á amputar, un tajo de madera, y el operador, cojiendo una hacha ó un yatagan, corta el miembro de un solo golpe. Para suplir la falta de ligadura y detener la hemorrágia, sus ayudantes mojan la parte mutilada en una vasija llena de pez hirviendo.

Fácil es imaginar los horribles sufrimientos que proporcionará al paciente esta cruel operacion, ó por mejor decir, este suplicio. La muerte parece ser el resultado inevitable; y sin embargo, ¡cosa singular! hay muchas ocasiones en que el herido sobrevive á esta salvaje mutilacion.

Pocos árabes hay que dejen de preferir la perspectiva de una muerte segura á las probabilidades de salvacion que puede ofrecerles el sacrificio de uno de sus miembros. Y no es que teman el dolor: pocos hombres le soportan con un estoicismo más firme y con una aparente insensibilidad más completa; pero temen la cólera de Dios que puede pedirles una cuenta muy severa por haber dispuesto de una parte de su criatura.

Despues del memorable combate de la Sickak, un gran número de heridos árabes yacian sobre el campo de batalla. Los cirujanos militares, despues de haber atendido á los heridos franceses, vinieron á ofrecer los socorros de su arte á los del partido del Emir. Algunos tenian heridas o fracturas graves que exigian imperiosamente la amputacion.

—Se te va á [cortar el brazo ó la pierna,—les dijeron nuestros oficiales de sanidad.

—¡Cortal—respondieron los árabes sin pestañear, tomando á nuestros cirujanos por verdugos, á causa de sus delantales manchados de sangre.

Inmediatamente se procuró sacar á los pobres pacientes de su error.

—Guarda tu pierna, si así lo quieres,—se les dijo.—No es para hacerte sufrir el proponerte cortarla, sino para salvarte la vida.

—En ese caso, la guardo.

—Pero si no la cortamos hoy, morirás mañana.

—¿Qué importa? Lo que está escrito, escrito está. Si debo morir de mi herida, moriré tal como Dios me ha hecho. Cortar una parte de nuestro cuerpo es un sacrilegio del cual no pueden depender nuestros días, porque ellos están contados de antemano, y Allah no ha dado á los hombres ni el derecho de abreviarlos ni el poder de aumentar su número.

Todos, sin escepcion, dieron la misma respuesta. Su voluntad fué respetada. Las tres cuartas partes sucumbieron: pero el resto, dotado de una gran fuerza vital, sobrevivió á sus heridas, reputadas como mortales por las gentes del arte, y que probablemente lo hubieran sido para constituciones europeas.

...  
 ...  
 ...  
 ...  
 ...

**XIII.**

...  
 ...  
 ...  
 ...  
 ...

**EL INTÉRPRETE GAROUÉ.**

...  
 ...  
 ...  
 ...  
 ...

Al final de la Restauracion, en el momento en que se preparaba la espedicion contra Argel, vivia en Paris, de los productos de un pequeño comercio de pipas y de perfumes turcos, el sirio Jorge Garoué. Era un hombre de corazon, de probidad y de inteligencia, y de una condicion muy superior á la en que por entonces se hallaba. Descendiente de una de las primeras familias cristianas de Damasco, habia sucedido á su padre en las funciones de tesorero ó de banquero del pachá. Era un empleo lucrativo, pero dificil y peligroso. La mayor parte de los banqueros de los principes de Oriente, parecen victimas de la codicia de sus temibles clientes. Mientras que su caja puede atender á las ruinosas prodigalidades del señor, todo vá bien. Pero casi siempre llega un momento en que el pachá arroja una mirada de codicia sobre los bienes de su mayordomo, y se indigna de que un ser tan abyecto no haya cesado de hacer fortuna mientras que él, pacha, ilustre, vástago de la raza de Othman, ha seguido continuamente la marcha inversa.

Esta comparacion causa infaliblemente la ruina del tesorero.

Si el pachá es humano conténtase con reducirle á la mendicidad, arrebatándole todo cuanto posee; pero, lo ge-



generalife

neral, para evitar quejas importunas, el mismo golpe que hace saltar la tapa del arca del dinero, hace caer la cabeza del tesorero.

El padre de Garoué tuvo el raro privilegio de escapar á esta terrible alternativa.

Pero su hijo no fué tan dichoso.

Un día, creo que era en 1818, un oficial del pachá, con quien le unía una estrecha amistad, vino á encontrarle secretamente para decirle que tomase la fuga lo más pronto posible.

—¿Pues qué sucede?—preguntó Garoué aterrado.

—El pachá necesita dos millones de piastras.

—Lo sé: me los ha pedido.

—¿Y tú no has podido proporcionárselos?

—Todo mi patrimonio no representa esa suma.

—¡No importa! Él lo tomará á cuenta, y tu cabeza le indemnizará de lo que falte.

—¡Cielos! ¿Qué hacer?

—Seguir mi consejo: huir hoy mismo. Mañana sería ya tarde.

—¿Pero á dónde he de ir yo, Dios mío?

—A donde quieras: huye hácia el mar. Marcha y no pierdas un minuto. Lo esencial es salir del pachalik.

—¿Pero y mi mujer? ¿Y mis hijos?

—Es forzoso separarte de ellos. Déjalos aquí, bajo mi amparo. Más tarde irán á reunirse contigo.

Garoué dió las gracias al amigo que esponía su propia vida por salvarle, y aprovechó su consejo.

El oficial estaba bien informado. Apenas Garoué habia abandonado á Damasco, cuando los satélites invadieron su habitacion buscándole para decapitarle. Pero no encontraron más que á su desolada familia, á quien arrojaron brutalmente á la calle; y todo cuanto poseia el infortunado cristiano fué á sepultarse en los cofres del codicioso musulman.

Durante este tiempo, Garoué huía temblando á cada instante, á pesar del disfraz con que se habia trasformado para no ser reconocido por los ginetes que el pachá habia lanzado en su persecucion, y que recorrían los campos en todas direcciones.

Por fin, despues de muchos azares, logró llegar á un

puerto donde se embarcó para Marsella. Desde esta población, trasladóse á Paris á primeros de 1819; allí, con la ayuda de dos compatriotas, consiguió crearse la pequeña industria, entonces desconocida en Francia, de mercader de productos turcos.

Poco á poco fué aumentando su comercio, y en 1830, en el momento de la expedición de Argel, ganaba lo suficiente para asegurar á su mujer y á sus hijos una existencia cómoda. Acababa de escribirles para que viniesen á reunirse con él, cuando se le ofreció formar parte del cuerpo de intérpretes que debia seguir al ejército expedicionario. Careciase de personal para este servicio, y Jorge Garoué fué vivamente solicitado. Él rehusó, alegando el regreso próximo de su familia. Pero promesas, acaso harto exageradas, triunfaron de su repugnancia. Aceptó, corrió á reunirse con el ejército en Tolon, y el 14 de junio desembarcó con él en la playa de Sidi-Ferruch.

El dia del desembarco, pasóse en escaramuzas con el enemigo, durante las cuales los ingenieros formaban el campo atrincherado.

Los dos siguientes sucedió lo mismo. Pero al tercero, el campo, poco antes cubierto de ginetes árabes y turcos que hacian galopar sus caballos en todas direcciones lanzando hurras belicosos, apareció de improviso desierto á las miradas del ejército.

Mientras que todos los ojos, fijos en el horizonte, buscaban vanamente un enemigo, vióse un árabe que parecia venir directamente hácia nosotros.

Un oficial salió á su encuentro.

El árabe solitario que venia á visitarnos, era un viejo casi septuagenario, cuyas intenciones no tenian nada de hostiles. Estaba estenuado de hambre y de fatiga y parecia próximo á desfallecer.

Algunas gotas de aguardiente le reanimaron: despues se le condujo al cuartel general, en medio de una multitud llena de curiosidad, cuyo aspecto no parecia preocuparle mucho.

Su tranquilidad y su valor no se desmintieron en presencia del general en jefe, que le interrogó acerca del objeto del paso atrevido que acababa de dar.

El árabe respondió que habia querido ver de cerca á

os cristianos que invadían su patria; asegurarse por sí mismo de los motivos que los conducían á ella, y saber de sus labios si pensaban proteger á los hijos del Profeta, respetar su religion, sus creencias, sus costumbres, y no reemplazar para ellos una tiranía con otra, perpetuando el yugo cruel á que estaban sujetos por la raza turca.

Mr. de Bourmont le hizo responder, que tanto él como sus compatriotas no tenían nada que temer de los franceses; que lejos de quererlos oprimir, venían á ser sus libertadores.

Esta respuesta pareció satisfacer cumplidamente al viejo árabe, que al siguiente dia, pidió volver entre los suyos para comunicarles las intenciones benévolas y pacíficas de los franceses.

Dejósele la libertad de retirarse, y el anciano partió demostrando un vivo reconocimiento por el buen trato que habia recibido durante su estancia en el campamento.

El anciano habia participado de la tienda de Garoué, pasando la mayor parte de la noche en una conversacion sumamente animada.

Pocas horas despues de haberse alejado su huésped, presentóse Garoué ante el general en jefe, Mr. de Bourmont, á quien encontró rodeado de generales y de ayudantes de campo á los cuales daba sus órdenes.

—¿Qué me quereis? Sed breve:—le dijo el jefe de la expedicion.

—Monseñor,—respondió Garoué con tono respetuoso pero con firmeza:—vengo á pedir á V. E. permiso para pasar al campo enemigo.

—¡Estáis loco! ¿Ignoráis la suerte de los desgraciados soldados que se aventuran, á pesar de mis órdenes, á ponerse á tiro de fusil del campo de los árabes.

—Nada ignoro. Conozco todos los peligros de mi empresa.....

—¿Pero cuál es vuestro proyecto?—le interrumpió el general.

—Vedle aqui, monseñor. ¿No habeis dicho que hay que distribuir proclamas entre los árabes? Pues esa es la mision que vengo á suplicaros me confiéis.

—Eso es una locura.

—Perdonadme si insisto. ¿Qué hay de extraordinario

en mi proposicion? ¿El árabe que se ha marchado hace poco, no ha tenido el valor para aventurarse solo en medio de un campo enemigo, con la esperanza de ser útil á los suyos? ¿Y lo que hace un árabe, no podrá hacerlo uno de nosotros?

—No hay comparacion entre ambas empresas,—esclamó el general en jefe.—Nosotros somos una nacion humana: nosotros no vertemos la sangre de los prisioneros; mientras que los árabes no dan cuartel á nadie.

—Porque están fanatizados,—respondió Garoué:—creen que la Francia odia á su religion y codicia sus riquezas y sus mujeres. Por eso es conveniente sacarles de su error.

—Seguramente; ¿pero y el medio?

—No conozco mas que uno, monseñor: el que os he propuesto.

—¡Pero os matarán!

—Quién sabe. Sirio de nacimiento, conozco á los árabes; me he criado entre ellos. Poseo su idioma, y sus costumbres me son familiares. Me vestiré su traje y me tomarán por uno de los suyos.

—¿Y si sois reconocido?—preguntó el general en jefe.

—¿Qué se pierde? Ya soy viejo; la poca vida que me queda vale poco, y mi empresa es útil. El árabe es mudable, entusiasta, dispuesto siempre á abandonar la bandera bajo la cual ha combatido la vispera. Algunos manifestos, distribuidos en el interior de las tribus haciéndoles algunas promesas, pueden determinar más de una defeccion y operar en favor vuestro una diversion poderosa. Tal es el objeto que me propongo. Si tengo la fortuna de conseguirlo, no os arrepentireis de haberos aprovechado de mi oferta; si sucumbo, la desgracia no sera grande.

Estas sencillas y heroicas palabras fueran acogidas con un murmullo de admiracion y de entusiasmo.

El general, sumamente conmovido, cojió la mano de Garoué, y estrechándola con calor, le dijo:

—Sois un bravo; os doy las gracias en nombre del rey y de la Francia por el ofrecimiento que acabais de hacerme, pero no puedo admitirle. Yo no debo arriesgar la existencia de un hombre tal como vos, en una empresa tan incierta. Acceder á vuestra peticion, es enviaros á la muerte.

—¡Y qué importa, señor, si mi muerte evita la de mil-  
lares de valientes soldados!

Mr. de Bourmont siguió combatiendo largo rato la re-  
solucion de Garoué. Pero á todas las objeciones que se  
le hacían, respondía este diciéndo que su decision era irre-  
vocable, la cual llevaría á cabo á no ser por la prohibicion  
espresa del señor conde de Bourmont; pero que creia que  
S. E., era demasiado amigo de su pais y demasiado pene-  
trado de sus deberes como general en jefe del ejército, para  
no acceder á su demanda.

Preciso fué ceder ánto esta voluntad de hierro.

—Parfid, puesto que así lo deseais;—dijo el general á  
Garoué.

—Gracias, monseñor,—esclamó Garoué con entusiasmo

En la alegría que brillaba en sus ojos, hubiérase creído  
que acababa de obtener una gracia suprema.

—Monseñor,—dijo, después de haber recibido de ma-  
nos del general las proclamas que iba á distribuir entre  
los árabes,—me queda una súplica que haceros.

—¿Cual?—preguntó Mr. de Bourmont.

—He dejado en Damasco, mi villa natal, mi mujer y mis  
hijos de quienes soy el único apoyo. Dentro de poco lle-  
garán á Francia. Si mi destino es perecer en la empresa  
que intento, dignaos tomadles bajo vuestra alta proteccion;  
recomendadles á la clemencia del gobierno del rey.

—Os lo prometo,—esclamó el general con calor.

Después añadió:

—¡Sois padre de familia y persistis en correr á la muer-  
el Renunciad á vuestro proyecto: aun es tiempo.

Pero el anciano, temeroso de dejar ver su emocion  
saludó profundamente y salió.

Vuelto á su tienda, vistióse apresuradamente un traje  
completo de árabe.

En el capuchon del albornoz, guardó, segun la costum-  
bre árabe, las proclamas que acababa de entregarle el ge-  
neral.

Poco tiempo después, traspuso la linea avanzada y ade-  
lantóse resueltamente por la llanura.

Siguiósele con la vista y con los anteojos, mientras fué  
posible distinguir su traje blanco ea medio de la vejeta-

cion y de los accidentes del terreno, que algunas veces le ocultaban á las miradas.

No tardaron en distinguirse á lo lejos otras formas blancas. Viósele avanzar hácia un grupo de árabes con resolucion y distribuirles proclamas hablándoles con calor, segun se podia juzgar por la estremada animacion de sus ademanes.

Poco despues desaparecieron por completo del alcance de nuestra vista.

Durante el resto del dia no se habló en el campamento mas que de la increíble accion de que se acababa de ser testigos, y acaso se hubiera continuado hablando todo el siguiente dia, si un vivo fuego de fusileria no hubiese venido á poner en movimiento á todas las tropas desde el instante en que rayó el alba.

Este fuego de fusileria era nada menos que el precursor y la señal de un ataque en masa del enemigo, que, á favor de una noche brumosa, se habia deslizado hasta medio tiro de fusil de las trincheras y se arrojaba sobre nuestros puestos avanzados lanzando hurras salvajes.

El combate fué encarnizado: pero la artilleria y los cohetes á la Congreve acabaron de llevar el espanto y la muerte á las grandes masas de árabes y de turcos, que se desbandaron y huyeron hácia su campo, que atravesaron sin detenerse en él, para precipitarse en desórden en direccion á Argel.

En poco tiempo no quedó de todo el ejército argelino más que los cadáveres, las armas y los bagajes de que estaba inundado el suelo. Las tiendas del enemigo, abandonadas y dejadas en nuestro poder despues de seis horas de combate, fué el primer fruto de la decisiva y brillante victoria de Staoueli.

Desde entonces fué fácil prever el resultado de la campaña. El 21 tuvo lugar el combate de Sidi-Khalef, en que quedó de nuevo el ejército dueño del campo de batalla. El 1.º de julio fué atacado el fuerte del emperador, último baluarte del poderio de Hussein-Dey; tres dias despues, se desmoronaba esta ciudadela bajo el fuego de nuestras baterias, y al siguiente dia el ejército francés hacia su entrada en Argel.

En medio de estos grandes acontecimientos de guerra,

de estos triunfos repetidos, cuya rápida sucesion escedia á todas las esperanzas, ¿qué habia sido de Jorge Garoué? Eso es lo que ninguno podia decir.

Sin embargo, despues de la victoria, algunas personas se acordaron del pobre intérprete sirio, y quisieron conocer su suerte.

Hé aqui lo que supieron:

Al dia siguiente de la batalla de Staoueli, presentáronse varios árabes en la Kasbah y pidieron hablar al dey, anunciando que traian una captura de las más importantes. En este mismo momento el soberano daba audiencia á su yerno Ibrahim-Agha, el generalísimo vencido, cuyo campamento acababa de caer en poder del ejército francés.

Hallábase aun el dey trémulo de indignacion y de furor á causa de la entrevista con su yerno, cuando fué conducido á su presencia Jorge Garoué, porque él era el prisionero introducido en la Kasbah.

Despues de haberse inclinado hasta el suelo ante el amenazante déspota, los árabes que se habian apoderado del intérprete sirio espusieron los detalles de su captura.

—Señor,—dijo el mayor de ellos,—recorriamos la campaña, cuando este hombre que ha venido á encontrarnos, nos ha asegurado que volvia de visitar el campamento enemigo, y que los franceses, lejos de querer oprimir á los árabes, se anuncian como sus amigos, prometiendo protegerles y respetar su religion. Decia que era árabe como nosotros y de una tribu de Tittery. Su acento extranjero nos infundió algunas sospechas. Hicimosle diferentes preguntas acerca de los grandes de Tittery y no supo qué contestarnos. Nos apoderamos de él y registrándole hemos encontrado en el capuchon de su albornoz escritos dirigidos por los infieles á las gentes de su país, para sublevarlos contra nuestro glorioso soberano. Desde entonces creimos que este hombre es un impostor, quizás un cristiano disfrazado. Te le traemos, pues, ¡oh nuestro augusto señor! para que te cerciores por tí mismo de la verdad de nuestras palabras y nos des, segun tu magnánima promesa, la cantidad debida á tus servidores por la cabeza de este perro, hijo de perro.

—¿Quién eres tú? Habla y no trates de disfrazar la ver-

dad,—dijo Hussein-Dey á Garoué lanzando sobre él una mirada siniestra.—Si eres árabe, nombra tu tribu, tu aduar, tu scheikh. Si eres cristiano, ¿quién te ha hecho tan atrevido para venir á nuestro territorio á escitar á la rebelion á nuestros fieles vasallos?

—El deseo de evitar el derramamiento de sangre,—respondió Garoué con calma.—Tus gentes te han dicho la verdad: soy cristiano. Conozco la suerte que me espera, pero la causa á quien sirvo es la de la humanidad; y estos árabes que me entregan al yatagan de tus satélites no saben los males que hubieran evitado con seguir mis consejos.

—¿Qué quieres decir? ¡Explicatel—esclamó Hussein, saltando sobre su asiento.

—Quiero decir,—repuso atrevidamente Garoué,—que correrán inútilmente arroyos de sangre por una y otra parte, sin poder evitar el golpe de que se vé amenazada tu soberanía.

—¿Tú crees eso?—preguntó el viejo dey sonriendo amargamente.

—Estoy seguro de ello,—respondió el bravo sirio.—Tú no sabes de qué enemigos te has atraído la cólera. Los franceses han vencido ayer; vencerán mañana y vencerán siempre. Cesa, pues, ¡oh Hussein! de jugar en esta lucha cruel tu reino, tu vida quizás: porque te lo anuncio, romperán cuanto les opongas como se rompe un vaso.

—Está bien: puedes retirarte. Llévadle.

Al decir estas pálabras, el dey hizo con la mano un signo casi imperceptible.

Sus gentes, atentas siempre al menor ademán de su señor, rodearon á Garoué y lo arrastraron fuera de la sala de audiencia.

A la entrada de la Kasbah, existe un inmenso patio, rodeado de una columnata, en cuyo centro hay una elegante taza de mármol con un magnífico surtidor de agua.

En este patio es donde se hacian las ejecuciones á muerte ordenadas por el dey Hussein: esta fuente es la de los Leones, que ha recibido más sangre quizás que el famoso pilon de mármol de la Alhambra, en donde rodaron las cabezas de los Abencerrages.

Alli es á donde fué conducido Garoué; los servidores de

Hussein, serviles intérpretes del ademan de su señor, mandaron arrodillarse al sirio al borde de esta fuente, mientras que uno de ellos desenvainaba su *flissi* y examinaba la hoja.

—Vamos,—dijo el anciano arrodillándose y levantando al cielo la mirada resignada de un verdadero fatalista;— estaba escrito allá arriba que yo había de morir bajo la cuchilla de un príncipe musulmán. ¡Oh, esposa mía! ¡Oh, hijos queridos! ¡Que mi muerte sea vuestra herencia!

Un instante después caía su cabeza bajo el acero damasquino del ejecutor, y su noble sangre enrojecía las puras aguas de la fuente.

Tal fué el sacrificio oscuro é inútil de este hombre; inútil, no solo á la causa que quería servir, sino á su familia, que no debía sacar ningun provecho de esta accion.

Los árabes que le habían entregado fueron los únicos que recojieron el precio de su sangre.

Su accion heroica fué al momento olvidada, ó mejor dicho permaneció ignorada. Hemos hojeado todas las historias, todos los boletines, todos los diarios de la expedicion á Argel: el nombre de Garoué no está citado en ninguno de ellos.

En cuanto á Mr. de Bourmont, abrumado por muchas pérdidas dolorosas, especialmente la de su hijo, tal vez olvidó una promesa que no estaba en su mano cumplir: la que había hecho al bravo intérprete sirio de asegurar la suerte de su familia. Mientras que él alcanzaba sobre la costa de Africa una victoria memorable, la monarquía de derecho divino perdía su última batalla, y el gobierno elevado sobre las ruinas del poder caído ignoró, segun toda apariencia, la deuda de sangre que, entre otras cargas, gravaba la herencia del vencido.

Un intérprete del ejército de Africa, á quien debemos estos detalles, nos ha asegurado que los hijos de Jorge Garoué languidecen hoy en Londres víctimas de la más profunda miseria. ¡Ojalá se engañe! Pero si fuese cierto ¿no sería para nuestro país un deber imperioso y sagrado el cumplir, acudiendo al socorro de esta familia desgraciada, el último deseo del padre muerto por su amor á la Francia y por el triunfo de sus armas?

## XIV.

### LA CAZA, EL MATADOR Y LAS COSTUMBRES DEL LEON.

Un joven de pequeña estatura, de fisonomía dulce y de constitución algo débil, á quien la Europa entera y el África sobre todo conocen con el nombre del *Matador de leones*, ha hecho lo que ninguno habia intentado ni probablemente hará despues de él. Ha atacado solo, frente á frente, al animal más temible de la creación, que muchas veces ha salido vencedor de una batida de cuatrocientos ó quinientos hombres, haciendo víctimas y llevándose dentro de su cuerpo balas que en nada han alterado su salud.

Este es el enemigo á quien Julio Gerard ha vencido, no una, ni dos, ni diez veces, sino cerca de treinta.

Matar un leon á diez pasos, puede parecer muy sencillo. Con sangre fria, una buena carabina y una vista perspicaz, es cosa muy practicable. Efectivamente, esto es posible; y en menos de diez años, Mr. Julio Gerard nos lo ha demostrado veintisiete veces, matando veintisiete leones.

¿Pero sabeis cual es el dilema que se establece entre el cazador y su presa?

Aqui le teneis:

«Una de dos cosas: ó el leon es muerto instantáneamente; ó antes de que hayais podido juzgar del éxito de vuestro disparo, os encontrais tendido de espaldas bajo el vientre del leon que os cubre con su cuerpo y os tiene enlazado entre sus garras poderosas.»

—*Pero no estais muerto por eso*,—añade Mr. Gerard.

Ciertamente que no; pero creemos que no hay gran diferencia. Sabed, para vuestro gobierno, que de diez heridas causadas por las garras ó el diente del leon, las nueve son siempre mortales.

No hay más que dos sitios donde se puede herir con seguridad al leon: la cabeza y el corazon. En las otras partes del cuerpo, las balas no hacen más que aumentar su furor y su fuerza prodigiosa.

La frente del leon tiene casi un codo de alta; pero no por esto es más fácil apuntarle; porque el leon, aunque jamás huye delante del cazador, comprende perfectamente lo que se le quiere.

Vé las armas y no se le escapa ninguno de los movimientos del hombre. Magnánimo por naturaleza, espera el primer disparo. Cuando se le apunta se recoge y se tiende como los gatos para no presentar mas que lo alto de su cabeza á la carabina, y tirarle hallándose en esta postura es sumamente peligroso.

Si el cazador gira alrededor de él, con la carabina echada á la cara, como para buscar un punto mejor donde disparar, el leon gira tambien sobre sí mismo y la posicion continúa siendo la misma. Es preciso limitarse á dar dos ó tres pasos á la derecha ó á la izquierda, descubrir la sien del leon, apuntar bien y rápidamente, hacer fuego y matar, porque de lo contrario os encontraris muerto antes de que hayais podido lanzar un solo grito.

Solamente de noche es cuando se caza al leon de esta manera solitaria, que, aparte el peligro para el hombre, es la mejor: antes de Julio Gerard, á ninguno se le habia ocurrido en Africa, ni aun lo habia creido posible.

El leon es perezoso y dormilon: hace de la noche dia. Cuando el sol se levanta, se retira al albergue que ha elegido en la falda de las montañas, á hacer su trabajosa digestion. Llegada la noche, el apetito le despierta; entonces vá á los aduares vecinos á buscar para su cena un carnero, un buey, ó un caballo, á quien estrangula de una dentellada y se lleva al galope sujeto entre sus colmillos, algunas veces á grandes distancias.

Hay leones gastronómicos ó valetudinarios, que matan muchos bueyes solo con el objeto de beberles la sangre.

Trátase, pues, de estudiar las costumbres particulares del animal señalado que desola una tribu, de reconocer el sitio donde tiene su guarida, y de emboscarse así que cierra la noche en el sendero por donde acostumbra pasar el león. Muchas veces trascurren algunas noches vanamente, en una espera llena de ansiedad, de peligros. Pero al fin, una noche; en el momento en que el cazador, fatigado de sus largas veladas, empieza á desesperar, oye el esquivido de ramas rotas en el vecino tallar; el ruido se aproxima; despues salen de entre la maleza dos ojos centelleantes y aparece el león.

Su primer movimiento es de sorpresa al ver á un sér tan débil atreverse á estorbarle el paso: el segundo, ponerse en defensa.

Entonces es cuando conviene tener la vista perspicáz, nervios de acero y el corazón firme.

Si un hombre fuese encontrado de noche por un león, sin armas ó sin haber tenido tiempo para ponerse en defensa, moriría sin recurso ninguno. El *león negro*, que es de las tres especies que habitan la Argelia, el más valiente y el más fuerte, jamás dá cuartel. Esta observacion, confirmada por mil aventuras trágicas, destruye la opinion general de que el león jamás ataca al hombre. El miedo, del cual es muy difícil hallarse exento en semejante lance, no hace más que aumentar el peligro.

El emir Abd-el-Kader, en un capitulo muy curioso y muy interesante sobre las costumbres del león, hace una magnífica pintura de las especies de líneas de circunvalacion que describe el terrible animal, y que vá sin cesar estrechando alrededor del hombre, hasta que por último se lanza á él y le despedaza.

Hay personas que habiéndose encontrado á caballo cuando el león se ha presentado á ellos, han salido del apuro echando pié á tierra y abandonando su cabalgadura al diente del rey de los animales. El león, satisfecho con esta prueba de deferencia, ha aceptado el sacrificio y ha dejado huir al hombre.

Peró, á pié ó á caballo, es más que temerario esponerse á tales encuentros, y los arabes que lo saben perfectamente, evitan á todo trance viajar solos y de noche.

Las anteriores líneas bastan para dar una idea de los

peligros que voluntariamente y tan repetidas veces ha afrontado Mr. Julio Gerard. Los árabes, á pesar de su sumision forzada, desprecian y detestan á sus señores los cristianos. Julio Gerard ha tomado á su cargo el probarles, prestándoles los más señalados servicios, que los franceses son superiores á ellos, tanto por su bravura como por sus luces y su táctica. Les ha obligado á rendir en su persona un homenaje á toda la nacion; además, ha pasado para ellos al estado de semi-dios. Arabe ó francés, no hay otro nombre en Argelia que goce la popularidad del suyo. Se le viene á buscar, haciéndole mil súplicas, de todos los distritos en donde aparece un leon, y lo que una tribu entera no se atreve á hacer, lo hace un solo hombre, con la ayuda de su enérgica sangre fria y de su patron San Huberto.

Para comprender la importancia del servicio que el *matador de leones* presta á la tribu á quien libra de uno de esos huéspedes incómodos y ruinosos, bastará un poco de estadística:

«Un leon vive mucho. Además de que tiene buen apetito, raramente come dos veces de la misma presa; como gran señor que es, deja los restos á los chacales y á otros animales inferiores que le siguen la pista en sus expediciones, como el requin nada detras del navio, ó como se cierne el buitre sobre las caravanas. La duracion de la existencia del leon es de treinta á cuarenta años. Mata ó consume un valor anual de seis mil francos, en caballos, mulas, bueyes, camellos y carneros. Tomando el término medio de su vida, que es de treinta y cinco años, resulta que cada leon cuesta á los árabes *doscientos diez mil francos.*»

Tres fracciones de tribus cazan ó cazaban en otro tiempo á este oneroso consumidor. Lo hacian en masa, despues de un largo consejo, y por mucho cuidado que se pusiese, siempre habia que lamentar la pérdida de algunos hombres. Como compensacion y para estimularles, el antiguo gobernador de la Regencia pagaba una prima bastante crecida por cada piel de leon que se le presentaba. Pero hoy se ha abandonado esta costumbre, como otras muchas esenciales, y los árabes no tienen otra proteccion contra el